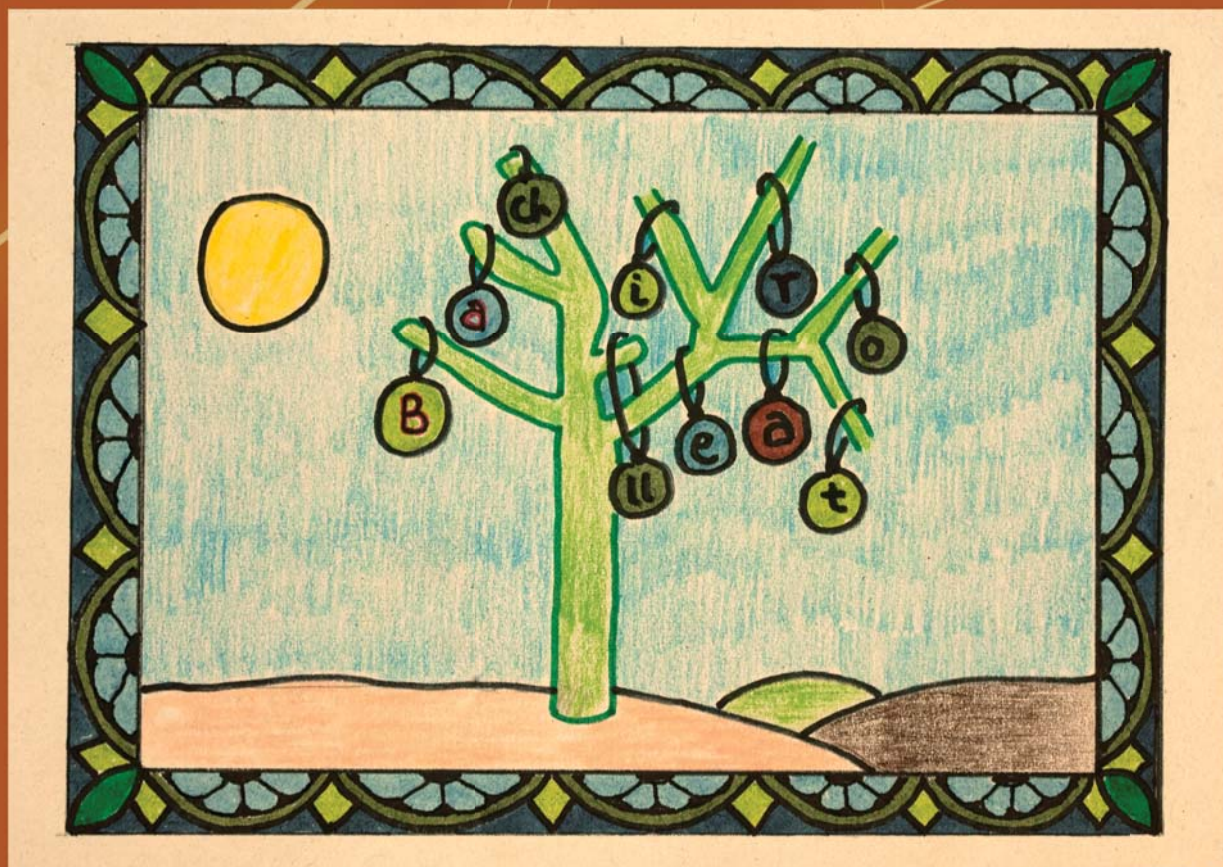


Participación Educativa

NÚMERO 17



Ser bachiller ayer y hoy

Una ventana abierta a lo que fuimos y a lo que somos

Hace aproximadamente un siglo escribía H.G. Wells que la historia de la humanidad es una carrera entre la educación y la catástrofe. Siempre ha sido cierto que una sociedad, un país, una comunidad es lo que es capaz de educar; pero hoy —en estos tiempos en los que lo que ayer parecía eterno mañana puede convertirse en pasado— lo es aún con más evidencia, y lo es en todos los ámbitos.

Hace unos meses un informe de la Unión Europea señalaba que el 40% de las profesiones que desempeñarán quienes hoy entran en la escuela aún no se ha inventado; en ese mismo informe se señalaba que el 85% de los nuevos puestos de trabajo que crearán esas nuevas profesiones exigirán titulación media o superior.

En una sociedad y un momento en el que el talento y el conocimiento son la mejor y la más potente de nuestras energías renovables, ya no basta con crear talento, hay que ponerlo en valor individual y colectivamente porque ésa —la que se hace en talento— es la única inversión que garantiza intereses multiplicados en forma de desarrollo personal y social.

Siempre he pensado que el aprendizaje se asemeja en cierto modo a una gran sala de cine en la que quienes primero llegan ocupan los mejores asientos. Por eso es tan importante el bachillerato, porque es en esos años en los que se da forma a mucho de lo que seremos. Es en esa etapa en la que fraguan amistades, se despiertan aficiones, se abren o consolidan tendencias, se toman —quizás por primera vez— decisiones que nos marcarán durante toda nuestra vida. Al fin —habrán oído el dicho—, “uno es de dónde hizo el bachillerato”, y lo que somos es, en gran medida, fruto de lo que sembramos entonces.

Todo ello hace que sobre el bachillerato se proyecten muchas de las ilusiones, esperanzas y expectativas de las familias, de los propios alumnos, de la sociedad entera. Y la especial importancia de esta etapa la convierte también en una de las más complejas del proceso educativo. Viví en primera persona, desde el Ministerio de Educación los debates previos y el trabajo de elaboración de la LOGSE y su desarrollo reglamentario. Conozco bien las dificultades, las exigencias, las presiones y las demandas que se realizan sobre el

bachillerato; también las esperanzas, las ilusiones, el compromiso y la implicación que toda la sociedad vuelca sobre el bachillerato.

Creo que aquélla era una reforma necesaria y que sus resultados no han sido ajenos al proceso de transformación de nuestro país. Pero en educación incluso las más necesarias reformas legislativas no bastan para fijar y resolver de una vez y definitivamente todos los frentes abiertos por una sociedad que en buena medida se construye sobre la institucionalización del cambio.

Por eso creo todo un acierto este número titulado *Ser bachiller ayer y hoy* de la revista del Consejo escolar, porque como en aquellos años a los que se dedica este número sigue siendo necesario —y posiblemente siempre lo será— preguntarnos qué queremos ser y qué queremos educar; como entonces, sigue siendo necesario preguntarnos qué puentes debemos cruzar y cuáles debemos derribar; sigue siendo necesario —y siempre lo será— preguntarnos qué debemos conservar, qué debemos mejorar y qué debemos abandonar.

Eso es lo que el lector encontrará en las siguientes páginas: una ventana abierta a lo que fuimos y a lo que somos, una mirada hacia esos años en los que también la educación abordó la Transición, y ha llegado a convertirse en la clave de nuestro progreso social. Una reflexión que vuelve la vista atrás no para recrearse en la nostalgia sino para comprender lo que somos, para ayudarnos a avanzar, para mejorar el bachillerato del mañana.

Estoy seguro de que sabremos aprovecharla.

Alfredo Pérez Rubalcaba
Vicepresidente primero del Gobierno y Ministro del Interior